





FRANCISCO





ELISABETTA PIQUÉ

FRANCISCO

VIDA Y REVOLUCIÓN



 *Editorial El Ateneo*

Piqué, Elisabetta

Francisco : vida y revolución . - 1a ed., 2a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2013.

336 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-02-0773-7

1. Francisco, Papa. Biografía. I. Título.

CDD 922.21

Francisco. Vida y revolución

© Elisabetta Piqué, 2013

Diseño de interiores: María Isabel Barutti

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos mundiales exclusivos de edición en castellano

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2013

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: noviembre de 2013

2ª reimpresión: diciembre de 2013

ISBN 978-950-02-0773-7

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en diciembre de 2013.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

I. TIEMPO DE VIGILIA	11
II. FUMATA NEGRA	23
III. <i>HABEMUS PAPAM</i>	31
IV. LOS PRIMEROS PASOS.....	51
V. MAESTRO Y AMIGO	67
VI. UN JESUITA MUY CUESTIONADO.....	75
VII. HACIA EL EXILIO.....	99
VIII. EL REGRESO A BUENOS AIRES	111
IX. UN ARZOBISPO DISTINTO	121
X. ADVERSARIOS EN EL CLERO Y LA POLÍTICA	141
XI. LAS VILLAS DE CRISTO	161
XII. BERGOGLIO Y LOS MEDIOS	175
XIII. UN HOMBRE LLAMADO FRANCISCO	189
XIV. CAMBIOS A FONDO	205
XV. LAS PERLAS DE SANTA MARTA.....	221
XVI. DOS PAPAS EN EL VATICANO.....	231
XVII. LOS QUE RESISTEN	241
XVIII. ¿UN PAPA DE IZQUIERDA?.....	255
XIX. EL LOBBY GAY. ¿FIN DE LA LUNA DE MIEL?	265

XX. BRASIL, UNA FIESTA	283
XXI. UN LLAMADO A LA RENOVACIÓN	303
XXII. HACIA UN MUNDO DISTINTO	319
AGRADECIMIENTOS	333





A Gerry



I

TIEMPO DE VIGILIA

Llueve a cántaros. Se despierta, como siempre, muy temprano. Son las cuatro de la mañana del 12 de marzo y todavía es de noche. Arrodillado, los ojos cerrados, concentrado, reza en silencio, como todas las madrugadas. Les pide especialmente a san José y a santa Teresita que lo iluminen. A Dios, perdón por sus pecados. Y a Jesús, poder servir, ser un instrumento.

Es un día distinto. A la tarde empieza el cónclave para elegir al sucesor de Benedicto XVI. Y él es uno de los 115 electores que se encerrará en la Capilla Sixtina para cumplir con esa misión.

Hace frío. Oye la lluvia que cae sobre el empedrado, desde su amplia habitación de la Casa Internacional del Clero, en la via della Scrofa, donde suele parar cuando viaja a Roma. Ahí ya lo conocen; ha estado varias veces en los últimos diez años y siempre le guardan la misma habitación, la 203.

Aunque no le gusta venir a Roma –mejor dicho, al Vaticano, donde, con tantas intrigas, fastos y pomposidades, uno corre el riesgo de perder la fe–, en este cuarto de techos altos, dentro de todo bastante austero más allá de los muebles de época y las telas damascadas, él se siente cómodo.

Hombre organizado, prolijo, calculador, “que no da puntada sin hilo”, como aseguran quienes lo conocen, ya la noche anterior armó

su valijita. Desapegado de lo material, son muy pocas cosas las que se llevará a la Domus Santa Marta, el hotel cuatro estrellas del Vaticano, donde se alojará junto a los demás cardenales el tiempo que dure el cónclave. Un cónclave que no durará mucho, espera. Como en 2005, cuando participó de la elección para elegir al sucesor de Juan Pablo II, está convencido de que una elección larga, superior a los dos días, en el mundo mediático en el que vivimos, de vértigo informático, daría la imagen de una Iglesia dividida. Fue por esa misma razón que en aquel mismo cónclave de 2005, cuando resultó el cardenal más votado después de Joseph Ratzinger, él mismo dio un paso al costado para no bloquear la elección. Después de casi 27 años de pontificado, no era fácil reemplazar a un gigante como Juan Pablo II, carismático hasta en sus últimos días de agonía. La “carta” Ratzinger, ex brazo derecho del Papa polaco –que había tenido un rol clave, gentil, equilibrado, en las reuniones precónclave, como decano del Colegio Cardenalicio–, auspiciada por un *lobby* conservador, era la más fácil para jugar.

Aquella vez el cónclave había sido una experiencia no solo nueva –la primera vez en su vida que entraba en la imponente Capilla Sixtina para elegir al sucesor de Pedro–, sino, también, algo traumática. Cardenales que habían participado de esa elección –secretísima, pero de la que suelen filtrarse postales, emociones, datos concretos–, habían visto al cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires, entonces de 68 años, casi desencajado al sumar más y más votos en el primer escrutinio. Incluso superaba al cardenal Carlo Maria Martini, también jesuita y gran papable, candidato de los progresistas, pero ya no disponible por su enfermedad.

“Recuerdo que del cónclave de 2005 volvió de Roma muy impresionado”, evoca un viejo amigo de Bergoglio. “Me llamó y me dijo: ‘Doctor, usted no se imagina lo que he sufrido’. Se había sentido usado por algunos que, viendo que ‘perdían’, propusieron su figura contra la de Ratzinger. Volvió muy afectado por eso”.

El padre Jorge –porque él prefiere que lo llamen así, porque se siente un simple cura, un pastor– termina de acomodar sus cosas en el cuarto de via della Scrofa. Pasaron ocho años desde aquel primer cónclave en el cual, gracias a Dios, como dicen los porteños, “zafó”, es decir, se salvó. Ocho años difíciles, sin duda, para Benedicto XVI, que el 11 de febrero pateó el tablero y se convirtió en el primer Papa que renuncia en más de 600 años. Un gesto que Bergoglio ha definido como “valiente y revolucionario”.

El cardenal argentino mira a través de la amplia ventana de su habitación romana. Son las seis y media de la mañana y no hay nadie en la via della Scrofa. Ya ha desayunado frugalmente, como todas las mañanas, en el comedor de la Casa del Clero. Ha cruzado pocas palabras, sobre qué feo que está el tiempo, cuánta agua y qué frío, con esos pocos sacerdotes con quien se ha encontrado en el salón. Algunos se han animado a decirle “*in bocca al lupo*” (expresión italiana para desear suerte), aludiendo al cónclave de esta tarde.

Por la lluvia y por la valija, no va a poder ir a pie hasta el Vaticano, como suele hacer cuando está en Roma. Es una caminata que suele relajarlo: va rezando, contemplando las bellísimas callecitas de la ciudad eterna, pasando por la via dei Coronari, la de los anticuarios. Además se detiene, más adelante, indefectiblemente, a rezarle a la Madonna dell’Archetto. El *archetto* es un viejo pasadizo que lleva a la via dell’Arco dei Banchi, donde en una pared hay un exquisito fresco de una Virgen, una imagen especial, entre las miles que hay en Roma. Después de rezarle, desde ahí, el padre Jorge, siempre mimetizado –tampoco le gusta mostrarse con sus vestimentas aparatosas de cardenal, color púrpura, que suele ocultar debajo de un sobretodo o impermeable negro–, cruza el Tíber por el puente Vittorio Emanuele II y prosigue hasta el Vaticano.

Cuántas veces habrá hecho, solo –porque él es, esencialmente y más allá de los miles de amigos, un hombre solo–, en paz, esa caminata.

Siempre pensando, orando, pensando, orando, algo que nunca deja de hacer, ni siquiera cuando duerme. Esa caminata es una de las pocas cosas de las que disfruta en la espléndida Roma. Es muy consciente de que detrás de tanta belleza sacra, de tantos monumentos, iglesias, templos antiquísimos, muchas veces se oculta un nido de víboras.

No quiere pensar que nunca más podrá hacer esa caminata. Pero su mente lo traiciona. Desde que se ha enterado de la renuncia de Benedicto XVI, el 11 de febrero, cuando un amigo de Roma lo llamó a las ocho de la mañana –eran las doce en Roma– para avisarle, algo le dice que su vida podría cambiar abruptamente. Aunque su parte cerebral –esencial en su ser– le dice que es imposible que él sea el electo, porque ya está jubilado, ha renunciado a su cargo de arzobispo al cumplir los 75, está viejo, a punto de retirarse, su parte intuitiva, su corazón –aún más esencial en su ser– le dice que tampoco es imposible.

No se olvida de aquella conversación premonitoria, esa misma mañana del 11 de febrero, con el padre Alejandro Russo, rector de la Catedral Metropolitana de Buenos Aires, a quien había llamado a su despacho para comentar la impactante noticia.

—Ay, Dios mío, qué barbaridad con este tema de la sede vacante —comenta el cardenal—. Vos sabés que yo en marzo pensaba que se podía empezar el proceso de sucesión, en Buenos Aires... Esto va retrasar todo de dos a tres meses...

—O lo va a adelantar —supone el rector.

—¿Vos te pensás que el nuevo Papa me va a pegar una patada al otro día?

—No, no lo digo por eso, puedo pensar también que el nuevo Papa sea usted...

—¡Nooo, Alejandro! Yo acabo de renunciar a la sede, tengo 76 años, de ninguna manera.

Sigue lloviendo. Mira el reloj de plástico negro que lleva en la muñeca derecha: es muy preciso, no le gusta la impuntualidad. Con el teléfono que hay en el escritorio de su habitación, pide a la recepción que le llamen un taxi, "*per favore*", por favor. "*Subito sua eminenza*" (Enseguida, su eminenza), le contesta una voz sumisa, servil. Él odia que lo llamen "cardenal" o "eminenza" con esa obsecuencia y ese tono que suelen utilizarse en Roma hacia las altas jerarquías eclesíásticas. Pero está acostumbrado. Y su inteligencia jesuita hace que no se note su rechazo a todo eso.

Baja a la recepción, acompañado por el padre Fabián Pedacchio, un joven cura argentino. Allí, saluda, con una sonrisa tímida, a las personas que están de guardia. Son las siete menos cuarto de la mañana. "*Auguri eminenza*", le dicen, con gran cortesía, acompañándolo con un paraguas hasta el taxi. "*Ci vediamo presto*" (Nos vemos pronto), se despide el cardenal argentino.

Más allá de esa intuición guardada en lo más profundo de su alma y de las premoniciones, Bergoglio está tranquilo. A diferencia del cónclave de 2005, su nombre ahora no figura entre los papables que mencionan los grandes medios italianos. Se cuentan con los dedos de una mano los vaticanistas que lo han puesto en las listas de candidatos en el agitado período precónclave. La mayoría hasta cree que es el otro argentino que participa del cónclave, Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales y sustituto de la Secretaría de Estado a finales del pontificado de Juan Pablo II, de 69 años, el único argentino papable...

Va a ser un *match* Italia-Brasil, han escrito algunos vaticanistas italianos, que utilizan términos futbolísticos para explicar qué esperan que suceda en la primera votación de la tarde. Para ellos la mayoría de los 115 votos irá a los dos grandes favoritos: el arzobispo de Milán, Angelo Scola, y el arzobispo de San Pablo, Odilo Pedro Scherer. También se menciona como gran candidato al cardenal canadiense Marc Ouellet, prefecto de la Congregación para los Obispos, y al simpático capuchino de sandalias y barba larga, estadounidense, Sean O'Malley, arzobispo

de Boston. Los cuatro son más jóvenes que Bergoglio: el primero tiene 71 años; Ouellett y O'Malley, 68; Scherer, 63. El mantra que se ha escuchado desde el día de la renuncia de Benedicto XVI, hasta hoy, día del comienzo del cónclave, es que la edad del futuro Papa debe estar entre los 65 y los 75 años. Por eso, Jorge Bergoglio está tranquilo. Aunque también sabe que no son los medios quienes definen el cónclave. Sabe que hay mucha indecisión y que la cosa viene muy dividida porque, en verdad, el cónclave está marcado por la ausencia de un único gran favorito, como lo fue Joseph Ratzinger en 2005.

El arzobispo de Buenos Aires, cuando se despide, no se imagina por nada en el mundo que le va a tocar a él tomar la posta. Está segurísimo de que va a poder usar ese pasaje de vuelta de Alitalia que ha dejado en la Casa del Clero de via della Scrofa, con regreso al aeropuerto internacional de Ezeiza, Buenos Aires, el 23 de marzo.

Su habitación en la Domus Santa Marta es la 207. Así le ha tocado en el sorteo realizado el día antes en la última congregación general de cardenales, la última reunión precónclave. Es una habitación pequeña, simple, con lo estrictamente necesario –cama, mesa de luz, escritorio, crucifijo en la pared, baño–, como las que le gustan a él. Son las ocho de la mañana. Aunque aún no ha comenzado el encierro *cum clave* (con llave) propiamente dicho, el confinamiento sí ha empezado. No más llamados, no más lectura de diarios, no más contacto con el mundo exterior, sino tan solo con los demás 114 cardenales de los cinco continentes, que tienen la enorme responsabilidad de elegir al nuevo Papa en un momento, sin duda, turbulento de la historia de la Iglesia católica.

Bergoglio conoce a todos los cardenales de las reuniones precónclave. De algunos, es muy amigo; de otros, menos. Se ríe cuando, al tomar un pequeño autobús que lo lleva hasta la Basílica de San Pedro para la misa *pro eligendo Pontifice* (por la elección del Pontífice), un cardenal estadounidense muy popular le confiesa que siente que le falta algo:

tuvo que dejar sus apéndices, el teléfono celular y la tableta con los que tuitea, manda mails e interactúa con el ciberespacio. Bergoglio entiende poco y nada de todo eso. Nunca tuvo celular. Siempre se ha manejado con su cerebro y con su pequeña agenda negra en la que anota todo con una letra diminuta. Y con el teléfono fijo, normal, marcando él directamente el número, sin intermediarios.

Sigue lloviendo a cántaros en Roma cuando participa, junto a los demás cardenales, en la misa televisada en directo. Truenos y relámpagos acompañan, como si se tratara de un mensaje divino, la homilía del decano del Colegio Cardenalicio, Angelo Sodano, que hace un fuerte llamado a la unidad.

“También todos nosotros tenemos que colaborar para edificar la unidad de la Iglesia, ya que para realizarla es necesaria *la colaboración de cada articulación, según la energía propia de cada miembro*”, dice el ex influyente secretario de Estado. “Todos nosotros estamos llamados a cooperar con el sucesor de Pedro, fundamento visible de tal unidad eclesial”, subraya. Sodano, gran diplomático y padrino de un grupo conservador de la curia que nunca se ha llevado bien con el arzobispo de Buenos Aires, alude a los ocho años de pontificado marcados por crisis evitables, intrigas y luchas internas, de Benedicto XVI.

Sodano, que no entrará en el cónclave porque tiene 85 años, también traza el perfil del próximo Papa. “La actitud fundamental de cada buen Pastor es dar la vida por sus ovejas. Esto vale sobre todo para el sucesor de Pedro, Pastor de la Iglesia universal. Porque cuanto más alto y más universal es el oficio pastoral, tanto más grande tiene que ser la caridad del Pastor”, sentencia. Algunos interpretan esas palabras como una velada crítica a Joseph Ratzinger, que ha descolocado a todo el mundo con su sorpresiva abdicación. El decano del Colegio Cardenalicio, que ha dirigido las reuniones precónclave, subraya también, sin saber que está siendo profético, que la misericordia debe ser un punto esencial de la agenda que está por venir.

“La misión de misericordia compromete a cada sacerdote y obispo, pero compromete aún más al obispo de Roma, Pastor de la Iglesia universal”, dice. “La máxima obra de caridad es precisamente la evangelización”. “Queremos implorar al Señor que a través de la solicitud pastoral de los cardenales quiera pronto conceder otro buen Pastor a su santa Iglesia”, pide. “Oremos para que el Señor nos conceda un Pontífice que desarrolle con corazón generoso tan noble misión”.

La escenografía es imponente; la banda sonora, con el órgano y los coros de la Capilla Sixtina, también. El cardenal argentino aparece concentrado. Les reza nuevamente a san José y a santa Teresita y sigue tratando de pensar que es imposible que le pueda tocar a él ser el nuevo jefe de la Iglesia católica.

Aunque esos truenos que retumban con potencia dentro de la inmensa Basílica de San Pedro, ¿advertencias divinas?, parecen presagiar que el destino, quizás, le tiene preparada una sorpresa. Como ya ha sucedido en su vida, quizás Dios quiere que sea él quien tome ese timón de la barca de Pedro en plena tempestad.

Ya dos veces le tocó ser líder en tiempos de crisis: la primera, cuando fue elegido provincial de los Jesuitas de la Argentina, en 1973, con tan solo 36 años, convirtiéndose en el más joven de todos los provinciales, en vísperas de la dictadura y en el turbulento período posconciliar. La segunda, cuando llegó a ser arzobispo de Buenos Aires, en 1998, tras la muerte del cardenal Antonio Quarracino, el hombre que lo rescató de su exilio-castigo en Córdoba. Entonces, estalló en sus manos el escándalo financiero por el colapso del Banco de Crédito Provincial (BCP), que veía a la arquidiócesis involucrada por un supuesto agujero de diez millones de dólares. Además, fue atacado por viejos enemigos que sacaron del arcón antiguas acusaciones, totalmente infundadas, de complicidad con la dictadura...

Hombre de matriz profundamente religiosa, que reza y escucha todo lo que Dios quiere decirle, y todo lo que le pasa lo lleva a la oración,

Bergoglio superó esas dos pruebas. El cardenal primado, que tiene profundamente claro quién es y qué quiere, en esos dos desafíos cruciales de su vida demostró ser un hombre de gobierno a quien no le tiembla el pulso. Un hombre de poder, que se ha ganado rechazos y adhesiones y que, sí, pudo haber cometido errores, todo el mundo los comete. Un hombre con muchísimos amigos pero, al mismo tiempo, con algunos enemigos y a veces rodeado de hostilidad, que sabe salir airoso de las batallas que le plantean sus adversarios. Un hombre de gran fortaleza interior, que no se desmoraliza fácilmente.

Afuera sigue el vendaval, hasta cae granizo. ¿La ira de Dios? Pero la música del órgano de la basílica intenta esconder el ruido de esa naturaleza, repentinamente furiosa. La misa, retransmitida en directo en todo el mundo, muestra a Bergoglio que, junto a los demás cardenales –cuya edad promedio ronda los 71 años y 10 meses–, avanza en procesión hasta el altar mayor de la Basílica de San Pedro, para besarlo, luego de inclinarse. La preocupación marca su rostro, como el de los otros 114 príncipes de la Iglesia enfocados, uno por uno, por las cámaras del Centro Televisivo Vaticano.

Al concluir la misa, un cardenal europeo considerado un *kingmaker*, porque su opinión orientará a muchos otros, y que ha hecho abiertamente campaña por el arzobispo de Buenos Aires, tanto en 2005 como ahora, se acerca a Bergoglio, a quien nota calmo. Tiene la impresión de que esta vez el cardenal argentino ha aceptado en lo profundo de su corazón que puede llegar a ser pontífice. Tiene la impresión de que, esta vez, no se echará atrás. “Cuidado, te llegó el turno”, le dice, en broma pero en serio, como para desdramatizar el momento. Bergoglio responde con una sonrisa tímida, asintiendo con la mirada.

Después de un primer almuerzo grupal en la Domus Santa Marta, en el que el cardenal argentino intenta evitar con diplomacia cualquier aproximación de grupos que hacen *lobby* –que los hay–, la tensión vuelve a ser el denominador común en las caras de los cardenales electores

que, como indica el antiguo ritual, se desplazan en procesión desde la Capilla Paolina hasta la Capilla Sixtina. Son las 16.30.

Con sus hábitos púrpuras, en un clima de gran solemnidad, los cardenales avanzan y entonan el *Veni, Creator Spiritus*, himno en latín que invoca la ayuda del Espíritu Santo para la crucial elección. Van tomando sus puestos junto a las largas mesas adyacentes al *Juicio Universal* de Miguel Ángel. Y van jurando, uno por uno, con la mano derecha sobre el Evangelio puesto en el centro de la sala, sobre un atril, comprometiéndose a mantener el secreto absoluto sobre todo lo que tenga que ver con la elección papal, leyendo una fórmula en latín. El cardenal italiano Angelo Scola, el gran favorito según los medios italianos, pero que no cuenta con el apoyo de gran parte de los otros 27 cardenales italianos, está evidentemente emocionado, nervioso.

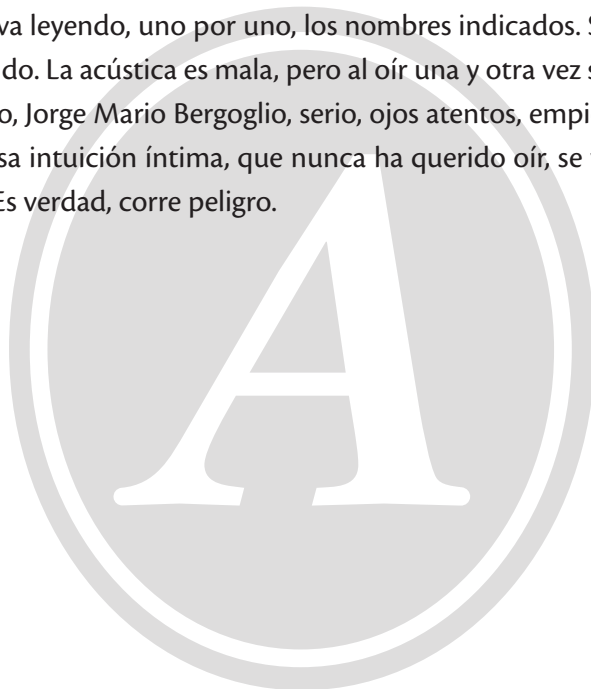
Su supuesto rival, el brasileño Odilo Scherer, arzobispo de San Pablo, de origen alemán y candidato del partido de los “romanos” de la curia, que no quieren cambios, luce concentrado. Más tranquilo se lo ve al también favorito canadiense Marc Ouellet, prefecto de la Congregación para los Obispos, que para muchos expertos podría convertirse en un candidato de compromiso entre reformistas y curiales. Ouellet trabaja en la curia pero es considerado alguien “limpio”, ajeno a las feroces internas –de lo más italianas– que han salido a la luz el año pasado con el escándalo Vatileaks, la inédita filtración de documentos reservados del mismo despacho del Papa.

Pocos observan detenidamente al cardenal arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio, que sorprende por su rostro sereno, entregado.

Son las 17.34. El maestro de las ceremonias litúrgicas pontificias, monseñor Guido Marini, pronuncia con voz casi tímida el *Extra omnes* –“todos afuera”–, que decreta la salida de la Capilla Sixtina de todos los que no participan en la secretísima elección. El cardenal maltés, Prosper Grech, de más de 80 años, pronuncia una última meditación para iluminar a los electores. Luego, tanto él como Marini dejan la Sixtina. Debajo

de los frescos y en un clima de película –¿la del cineasta italiano Nanni Moretti, *Habemus Papam*, acaso?–, el silencio es roto por el ruido de las plumas que ahora rozan el elegante papel que cada cardenal tiene ante sí. Los 115 purpurados escriben en sus papeletas por primera vez el nombre de quien consideran la persona indicada para suceder a Benedicto XVI. Lo hacen sobre la línea que hay debajo de la inscripción “Yo elijo para Sumo Pontífice”.

El suspenso es inmenso en la Capilla Sixtina cuando el cardenal escrutador va leyendo, uno por uno, los nombres indicados. Su ayudante va anotando. La acústica es mala, pero al oír una y otra vez su nombre y su apellido, Jorge Mario Bergoglio, serio, ojos atentos, empieza a entender que esa intuición íntima, que nunca ha querido oír, se va haciendo realidad. Es verdad, corre peligro.





II FUMATA NEGRA

No puedo perderme la primera fumata, seguramente negra, del primer escrutinio del primer cónclave de la historia moderna, que se produce no porque un Papa haya muerto, sino porque uno que está vivo y lúcido y ahora sigue los acontecimientos por televisión desde Castelgandolfo, ha decidido decir basta, no va más. ¿Los motivos? Falta de fuerza física y espiritual. Algo normal para un refinado teólogo e intelectual, físicamente frágil, a punto de cumplir 86 años, también golpeado por el escándalo que significó que su ex fiel mayordomo le pasara centenares de fotocopias de documentos secretos a un periodista que escribió un best-seller ventilando los trapos sucios de la curia romana (*Su Santidad, la cartas secretas de Benedicto XVI*, de Gianluigi Nuzzi).

“Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino”, dice Benedicto XVI el 11 de febrero de 2013, al anunciar su renuncia durante un consistorio para la canonización de algunos beatos.

“Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando”, afirma. “Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la

barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado”. El tímido Papa alemán conmociona al mundo. Y adelanta que su abdicación se hará efectiva el 28 de febrero siguiente a las 20. Entonces comenzará el período de “sede vacante” durante el cual debe ser convocado el cónclave que elija al nuevo pontífice.

Son las seis de la tarde pasadas. En el cónclave de 2005 la primera fumata, negra por supuesto, fue a las 20.04, ha recordado el padre Federico Lombardi, vocero papal, en una de las maratónicas conferencias de prensa anteriores al cónclave.

Tomo un taxi para ir a la Plaza de San Pedro. No puedo perderme la primera fumata del cónclave de 2013, el primero con un ex Papa vivo. Fiel reflejo de que es un acontecimiento fascinante –*the papal transition, the papal event*, lo llaman las grandes cadenas estadounidenses– que mantiene en vilo a todo el mundo, en el taxi, a pocos centímetros del volante del conductor, una pequeña pantalla de televisión transmite minuto a minuto la imagen de la chimenea de la Capilla Sixtina, que se ha vuelto el ombligo del mundo.

Ya es de noche y hace frío en la Plaza de San Pedro. La temperatura ha bajado abruptamente después de la lluvia torrencial de la mañana. Llovizna, pero hay miles de personas esperando la primera fumata. Una colorida alfombra de paraguas cubre la plaza, enmarcada por la grandiosa columnata de Bernini, testigo, una vez más, de un suceso único. Aunque todo el mundo sabe que la primera fumata seguramente será negra, hay una inmensa expectativa. Y, también, un clima algo místico. Hay grupos de fieles que rezan el rosario, con velas encendidas, muchos sacerdotes, religiosos y religiosas. “Estamos acompañando a los cardenales con la oración, porque somos una gran familia”, dice la hermana

María Aylesford, mendocina de 25 años de las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará, la rama femenina del Instituto del Verbo Encarnado. “Estamos en vigilia”, agrega María de la Piedad, su hermana, también monja, de 23 años. Ella asegura que no es importante la nacionalidad del futuro Papa. “No importa si es latinoamericano o africano, lo que importa es el amor a la Iglesia y que la guíe como un verdadero padre”, dice, convencida.

La frase me recuerda al hombre que, el día antes, estuvo toda la mañana parado frente a la Plaza de San Pedro con un cartel profético: “Francesco I Papa”. Le saqué una foto –que posteriormente haría furor en Twitter– y le pregunté si quería que el próximo Papa volviera a ser italiano. “No me importa la nacionalidad, lo importante es que se inspire en una figura como la de san Francisco”, me contestó el hombre, que se llamaba Saverio y era de Urbino.

Ya son las 19.41. A borbotones, de la observadísima chimenea de la Capilla Sixtina –visible también en varias megapantallas colocadas en la Plaza de San Pedro– sale, por fin, una fumata negra. Estalla un “¡ohhhhhh!” de decepción, acompañado también de algún “¡buuuuuu!”.

Tal como se esperaba, ninguno de los 115 cardenales electores ha obtenido los 77 votos necesarios, equivalentes a una mayoría de dos tercios, para ser elegido como el sucesor de Benedicto XVI y 266 jefe de la Iglesia católica.

Vuelvo a casa. Me pongo a escribir la crónica para el día siguiente, convencida de que sí puede llegar a haber fumata blanca ese día. En 2005, de hecho, la fumata llegó al segundo día, después del cuarto escrutinio. Es verdad, esta vez hay más indecisión, ningún candidato fuerte como era entonces Joseph Ratzinger, pero mi intuición es esa.

Llega Gerry, mi marido, vaticanista irlandés ahora contratado para cubrir el cónclave por un canal de televisión canadiense, que ha estado congelándose en una terraza al lado de la plaza transmitiendo en vivo

la fumata. Los canadienses están sobre ascuas ante la perspectiva de un Papa de aquellos lares, el cardenal Marc Ouellett.

“Mañana Bergoglio puede ser Papa”, dice Gerry, entrando en nuestro escritorio. Me paraliza ante mi computadora. Desde antes del cónclave de 2005 que Gerry está convencido de que Bergoglio puede ser Papa. “Pero tiene 76 años, tuvo su oportunidad en 2005, no la tomó, y ahora ya no es su momento”, le contesto, recordándole los habituales argumentos de los vaticanistas que no lo incluyeron en sus listas de papables. Empiezo a ponerme nerviosa, o mejor dicho, histérica. Si Bergoglio, a quien conozco desde que fue creado cardenal, en febrero de 2001, llega a ser Papa, mi vida va a cambiar radicalmente, pienso.

La advertencia de Gerry no es una expresión de deseos ni una intuición. Es el resultado de los datos concretos, de los hechos que maneja. Gerry es el único vaticanista que en vísperas del cónclave ha dialogado en profundidad con cardenales de todos los continentes. Tuvo varias entrevistas que aparecieron publicadas en el *Vatican Insider*, *La Stampa* y otros medios, pero también ha hablado mucho *off the record*. Ha hecho cuentas, una y otra vez, y está seguro de que el padre Jorge, como lo llamamos en casa, el que siempre trae de regalo golosinas para nuestros hijos, ha entrado en el cónclave con un importante paquete de votos. “Entre 25 y 30 cardenales seguramente votarán por él”, asegura Gerry, más serio que nunca.

Me comunico de inmediato con mi diario, *La Nación*, de Buenos Aires, del que soy corresponsal para Italia y el Vaticano. “Ojo, Bergoglio mañana puede ser el nuevo Papa”. “¿Qué?”. “¿Estás segura, Betta?”. “¿No es más ganas, que otra cosa?”, me preguntan Inés Capdevila y Gail Scriven, mis jefas y amigas.

No, no son ganas. Son cuentas, matemáticas, sumas y restas efectuadas lápiz en mano, datos concretos, información de primera mano. Gerry y yo hemos hablado *off the record* en las últimas semanas con car-

denales de diversos continentes que participaron en las congregaciones generales, las reuniones precónclave. Y según verificaciones de Gerry de último momento, según nuevos cálculos, Bergoglio es un candidato muy fuerte, mucho más de lo que se cree.

Logro convencer a mis jefas de que hay que hacer algo. Me dicen que escriba un recuadro chico, lamentablemente, pero profético, que titulo: “Bergoglio puede ser la sorpresa del cónclave”.

¿Por qué? Más allá de que 48 de los 114 electores ya lo conocen del cónclave anterior, ha trascendido que Bergoglio deslumbró a los demás cardenales en su intervención, de tres minutos y medio, que hizo vibrar al auditorio, en la congregación general del jueves 7 de marzo. Varios cardenales, entre ellos el papable italiano Angelo Scola, se han acercado para felicitarlo después de sus palabras, que fueron breves, pero intensas, más claras que el agua. El arzobispo de Buenos Aires ha hablado de la evangelización, la razón de ser de la Iglesia, que tiene que salir de sí misma e ir hacia las periferias. Periferias no solo geográficas, sino también existenciales: las del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia; las de la ignorancia, las de la ausencia de fe, las del pensamiento, las de cada forma de miseria. Ha criticado a la Iglesia “autorreferencial, enferma de narcisismo, que da lugar a ese mal que es la mundanidad espiritual (según el teólogo jesuita Henri De Lubac, el peor mal en el que pueda caer la Iglesia), ese vivir para darse gloria los unos con los otros”. “Hay dos imágenes de Iglesia: la Iglesia evangelizadora, que sale de sí misma, la de la palabra de Dios, que fielmente escucha y proclama; o la Iglesia mundana que vive en sí, por sí y para sí. Esto debe iluminar los posibles cambios y las reformas por realizar para la salvación de las almas”, ha asegurado, según revela más tarde, con autorización papal, el cardenal cubano Jaime Lucas Ortega y Alamino, arzobispo de La Habana.

Pero hay más. A diferencia de otros papables que suenan fuerte, detrás del cardenal argentino conocido por su perfil bajo, sus viajes en tren subterráneo (“subte”) y ómnibus (“colectivo”) por su amada

Buenos Aires, su estilo de vida austero, su compromiso con los pobres, no hay ni hubo ninguna *cordata*, ningún *lobby*, es decir, ninguna campaña proselitista.

Sí hubo, en cambio, y les ha caído mal a varios cardenales de países del Tercer Mundo, muchas veces ignorados cuando llegan al Vaticano –un Vaticano eurocéntrico–, una *cordata* que promovía a otro latinoamericano, el brasileño Odilo Scherer, arzobispo de San Pablo. Ha sido un grupo de cardenales de la curia de la vieja guardia diplomática –entre ellos, los italianos Giovanni Battista Re y Angelo Sodano–, que tuvo la gatopardesca idea de proponer a Scherer. Un cambio radical, un primer Papa latinoamericano, oriundo del país con más católicos del mundo, para que nada cambie en la cuestionadísima curia romana. El plan de quienes impulsan a Scherer como Papa, que temen ser barridos en la limpieza que muchos creen que deberá hacer el sucesor de Benedicto XVI, viene con un plus de regalo. Es decir, la candidatura de Scherer está acompañada por la imposición de un secretario de Estado italiano y conservador. Para ese puesto se mencionan al cardenal Mauro Piacenza, prefecto de la Congregación del Clero, y al ítalo-argentino Leonardo Sandri, prefecto de las Iglesias Orientales y, a fin del pontificado de Juan Pablo II y al principio del de Benedicto XVI, sustituto de la Secretaría de Estado, es decir, brazo derecho del influyente Sodano.

Pero la “operación Scherer” comienza a hundirse el 2 de marzo. Ese día Gerry y Andrea Torielli, vaticanista de *La Stampa* y amigo, revelan la existencia de esta maniobra en una nota publicada en el *Vatican Insider*. No obstante, en vísperas del cónclave, para la prensa, Scherer sigue siendo uno de los grandes favoritos. En Brasil, de hecho, todo el mundo está enloquecido con la posibilidad del Papa brasileño, como me cuenta mi amigo Alberto Armendáriz, corresponsal del diario *La Nación* en Río de Janeiro, que ya se está poniendo nervioso ante tal posibilidad. Pero cada vez que hablamos le digo que se quede tranquilo. Estoy convencida de que Scherer no va a ser elegido, no

tanto por él, sino porque se ha develado esa operación detrás de su candidatura.

Hay más periodistas que fieles en la misa que celebra el cardenal arzobispo de San Pablo en vísperas del cónclave, el domingo 10 de marzo, en la iglesia de Sant'Andrea al Quirinale, uno de los máximos *capolavoros* de la arquitectura barroca romana, diseñada en 1658 por Gian Lorenzo Bernini. A las diez y media de la mañana, la iglesia –que se levanta justo frente al Palacio del Quirinal, antigua residencia veraniega de los papas, hoy sede del gobierno de Italia– es tomada por asalto por legiones de reporteros de todo el mundo, armados de trípodes, cámaras e inmensos teleobjetivos.

Hijo de alemanes, Scherer, que ha trabajado en la Congregación de Obispos de la curia romana desde 1994 hasta 2001, habla perfecto italiano. El cardenal no parece molesto con el fragor mediático, todo lo contrario. “Saludo también a ustedes, de la prensa. Hoy todas las iglesias de Roma sienten mucha vibración por la presencia de los cardenales titulares que invitan a rezar por el cónclave”, dice. “Como dijo Benedicto XVI, la Iglesia está en las manos del Señor, y los invito a rezar para que la Iglesia cumpla bien su acción en este tiempo difícil pero alegre”, agrega.

Estoy en la misa de Scherer por trabajo. Pero es domingo, así que aprovecho también para tomar la comunión, de manos del mismo Scherer, de quien llego a estar, en consecuencia, muy cerca. La intuición me dice que no, que él no será el futuro Papa.

De vuelta en casa, llamo por teléfono al padre Jorge a su habitación de la Casa del Clero para saber cómo está. Le pregunto si ha ido, como los demás cardenales, a celebrar misa a la iglesia de la que es titular en Roma desde cuando fue creado cardenal, que es la de San Roberto Bellarmino, un jesuita, como él. No, no ha ido. Fiel a su perfil bajo, ha preferido evitar el acoso mediático. Aunque, seguramente, deben de haber ido

muy pocos periodistas a su celebración eucarística, comparada con la de Scherer.

En un ejemplo de lo importante que son para él sus amigos, como suele hacer cada vez que viene a Roma, ha ido a almorzar con una antigua amiga, la hermana, de 92 años, de monseñor Ubaldo Calabresi, nuncio en la Argentina durante 19 años, en los que fue testigo de momentos cruciales del país, como el conflicto con Chile por el Canal de Beagle, la Guerra de las Malvinas, las dos visitas de Juan Pablo II y la recuperación de la democracia.

El 27 de junio de 1992, Bergoglio ha recibido su ordenación episcopal en la Catedral Metropolitana de Buenos Aires de manos de Calabresi, del cardenal Antonio Quarracino, su antecesor en la arquidiócesis, y del obispo de Luján-Mercedes, Emilio Ogñenovich.

La voz del padre Jorge en el teléfono se escucha tranquila. Le digo que en la prensa italiana todo el mundo sigue hablando de Scola y de Scherer como los grandes favoritos, aunque mi intuición me dice que ninguno de los dos va a salir. Y le cuento que he ido a la misa hipermediática del papable brasileño, Scherer, que, me parece, de brasileño tiene muy poco: ¡parece alemán!

El padre Jorge es consciente de que la situación es poco clara, difícil. Como siempre, pide que rece por él. Quedamos en volver a hablar antes de que se encierre *cum clave*. O, en todo caso, en vernos para mi cumpleaños, el 15 de marzo.

Ni él ni yo nos imaginamos que Dios tiene otros planes.